

Artola hace de la teología inspiracionista de L. Lessio; pero todo lector reconocerá que el trabajo de aquél es uno de los intentos más honestos y serios que se han hecho, en cualquier área lingüística, acerca de la Teología de la Inspiración bíblica después del Concilio Vaticano II.

José María CASCIARO

Maurice CARREZ-Pierre DORNIER-Marcel DUMAIS-Michel TRIMAILLE, *Cartas de Pablo y Cartas Católicas*, Eds. Cristiandad, («Introducción a la lectura de la Biblia», 8), Madrid 1984, 332 pp., 13 x 21.

André Paul, director de esta colección francesa, advierte en la Presentación que en esta obra se dan tres niveles: «Ante todo se encuentra el texto corriente, donde se halla lo esencial de los conocimientos. Aparecen luego, en caracteres más pequeños, unas breves explicaciones complementarias, monografías reducidas, que permiten disponer de lo que es imprescindible saber acerca de un punto importante relacionado con la cuestión» (p. 9). Se aclara también la intencionalidad ecuménica de la obra llevada a cabo, en este volumen, por el pastor y profesor en el Instituto protestante de teología de París y en el Instituto Católico también de París, M. Carrez, y por el sacerdote de San Sulpicio y profesor de Orleans, P. Dornier. Los otros dos colaboradores son también católicos: M. Dumais, canadiense de la Universidad de San Pablo en Ottawa, y M. Trimaille del Instituto Católico de París.

Se inicia con una sección titulada «Vida de San Pablo». Siguen varios apartados dedicados a las epístolas a los Tesalonicenses, Corintios, Gálatas, Romanos, Filipenses, Colosenses, Efesios, Filemón, Cartas Pastorales y, finalmente, Cartas Católicas. Cierra la obra un breve índice analítico.

M. Carrez admite la posibilidad de afrontar una biografía de San Pablo desde diversos puntos de vista, pero establece de modo claro que «nadie que intente esbozar un cuadro de conjunto de la vida de Pablo puede prescindir del libro de los Hechos» (p. 23). Reconoce también el A. que «el manejo de los Hechos es delicado, pues en ellos se plantean numerosos problemas literarios. Lucas interpreta la historia a su modo, pero no la inventa» (p. 25).

Respecto a la autenticidad, tanto de las cartas paulinas como de las católicas, los AA. se pronuncian, de ordinario, en sentido positivo, aunque en ocasiones la postura no es lo suficientemente clara. Nos parece, sin embargo, muy interesante la observación que se hace al principio de la obra: «Al hablar de la autenticidad de estas cartas hay que tener en cuenta ciertas posibilidades: el secretario no escribe sólo al dictado, sino que asume una parte más importante en la redacción partiendo de algunas indicaciones...» (p. 15). Es decir, hay que tener en cuenta la posibilidad, corriente en la antigüedad, de escribir por

medio de amanuense, que podía tener en parte más importancia en la redacción del documento, que la que puede tener hoy día un secretario, incluso en el caso de ser de total confianza y de la mayor competencia.

En la 2 Thes, cuya autenticidad algunos autores discuten, opina M. Dumais que «el vocabulario, el estilo y la estructura de los dos escritos (1 y 2 Thes) tienen gran semejanza (...). La enseñanza de las dos cartas acerca de la parusía no es opuesta, sino más bien complementaria» (p. 42. 43. Cfr. también pp. 48 s. y 51). Respecto a los Col señala cómo en los últimos años se tiende a considerarla como paulina, aunque «la crisis de Colosas le obliga a ampliar su vocabulario y a modificarlo (...). Además, la estrecha afinidad entre Col y Flm, cuya autenticidad casi nunca se ha puesto en duda, induce a considerar la carta a los Colosenses como un escrito auténtico» (p. 209).

En cuanto a Eph, sin embargo, parece dudarse de su autenticidad (cfr. p. 216). Respecto a las Pastorales, P. Dornier y M. Carrez aportan una serie de datos favorables a su autenticidad (cfr. pp. 244, 246, 247 y 251) y rechazan la postura y conclusiones de P. N. Harrison pues «es arriesgado fiarse sólamente de los datos estadísticos para juzgar de un vocabulario» (p. 254). No obstante, reconoce que la cuestión sigue siendo debatida y no hay una opinión unánime (cfr. p. 255). La epístola de Santiago ofrece, según M. Trimaille, la dificultad de identificar a su autor entre los tres Santiagos nombrados en el Nuevo Testamento. Termina diciendo que la «identificación exacta del autor de esta carta no tiene gran importancia. Lo esencial es que ha sido admitida por las iglesias como Escritura inspirada» (p. 278). En relación con 2 Pet, presenta las clásicas dificultades. En cuanto al argumento basado en el lenguaje y estilo responde que «este argumento no es decisivo, pues sabemos que muchos textos importantes del Nuevo Testamento fueron redactados por autores anónimos y que algunas cartas fueron escritas por secretarios que no se limitaban a decir literalmente lo que les dictaba» (p. 294). Es cierto que se daba en la antigüedad el fenómeno de la pseudonimia, pero por eso se rechazaron algunos escritos (también consignados bajo el nombre de un apóstol) y se aceptaron otros como auténticos. «El uso o rechazo de esos escritos por las iglesias es un criterio «de hecho» importante: manifiesta que en ellos se veía o no un testimonio auténtico de la enseñanza de aquellos apóstoles, válido para la fe y la vida práctica de los creyentes» (p. 307).

Dentro del talante ecuménico de la obra, se hacen frecuentes referencias a la *Traduction Oecuménique de la Bible* (TOB) (cfr. pp. 133, 150, 155, 170, 278, etc.). «Esta traducción empezó a aparecer en 1967, 450 años después del comentario de Lutero, con la traducción francesa de la carta a los Romanos, realizada en común por exégetas católicos y protestantes con el concurso de teólogos ortodoxos. Incluye no sólo el texto de la carta, sino también una importante introducción y abundantes notas doctrinales» (p. 171). La intención de caminar hacia la unidad de todos los cristianos es sumamente encomiable. Pero en ocasiones, quizá por miedo a enturbiar ese afán de unión, no se abordan con claridad los puntos conflictivos, o se les da un tra-

tamiento parcial. Así nos parece ver que ocurre cuando se habla de la justificación por la fe. La posición protestante queda bien expuesta al tratar, como es lógico, de Gálatas y Romanos. En cambio no se expone con la misma claridad y amplitud el punto de vista católico (cfr. pp. 133, 162). No obstante, al estudiar la epístola a Santiago la cuestión está tratada con ecuanimidad (cfr. p. 283). Dentro de este mismo tema de la justificación hay una nota de la Editorial española acerca de la traducción del término griego *dikaiosyne* por «rehabilitación» o «amnistía», en lugar de por «justificación», como se ha venido haciendo y se hace normalmente (cfr. por ejemplo la versión litúrgica española, o la Biblia de Jerusalén). Estimamos que las razones aducidas en pro de dicha versión no son convincentes. Dicen, entre otras cosas, que en castellano «*justificar* significa ofrecer una disculpa» (p. 163). Sí, es así cuando uno se «justifica» ante otro, pero no, en absoluto, cuando uno es «justificado» por Dios. Es significativo al respecto que el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, como primera acepción del término diga literalmente: «*Justificar*: (Del lat. *iustificare*) tr. Hacer Dios justo a uno dándole la gracia».

Nos parece interesante el enfoque que se hace sobre la postura de San Pablo ante la esclavitud, cuando se estudia la epístola a Filemón: «Si los esclavos, como los demás creyentes, están llamados a dar testimonio de su fe en Cristo, lo harán donde están y en las ocasiones que les proporcione su situación particular. En una palabra, el evangelio actúa más por dentro que por fuera» (p. 227). Según el A., «Jöel Schmidt, en su libro sobre la esclavitud en el Imperio romano, resume perfectamente la situación: 'La Iglesia ha penetrado por todas partes; no pretende hacer bien a una clase a expensas de otra, ni perjudicar a los ricos para servir más a los pobres, ni libertar a los esclavos para arruinar a los grandes propietarios y acabar arruinando la economía general del Imperio'» (p. 227).

Cada capítulo suele completarse con una breve bibliografía, en general actualizada, aun cuando a veces se citan autores protestantes de 1919 o 1927 (cfr. pp. 127, 256, etc.), mientras se silencian algunas obras clásicas de exégesis católica.

Antonio GARCÍA-MORENO

José O. TUÑÍ VANCELLS, *El testimonio del evangelio de Juan. Introducción al estudio del cuarto evangelio*, Ed. Sígueme («Biblia y Catequesis», 2), Salamanca 1983, 232 pp., 12,5 x 20,5.

Casi al final nos dice el A. que «quizá con lo que hemos presentado en estas páginas sea posible emprender una lectura del cuarto evangelio de manera que no sea una búsqueda arqueológica curiosa ni tampoco una extrapolación de lo que este evangelio nos quiere decir» (p. 215). Con ello vemos, en cierto modo, cuál ha sido su intención: nos dice con una doble negación lo que no ha de ser la lectura del